

Y también con el niño tonto sentado en su sillita, a la puerta de su casa, en la calle de San José, mirando el pasar de los otros; «niño alegre él, y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás».

Y también con «la chiquilla del carbonero, bonita y sucia cual una moneda, bruñidos los negros ojos y reventando sangre los labios prietos entre la tizne, [cantando, sentida y dulce] a la puerta de la choza, sentada en una teja, durmiendo al hermanito:

*Mi niiiño se va a dormií
en graaasia de la Pajtoraaa...»*

Y también con «la niña chica [que] era la gloria de Platero», que «en cuanto la veía venir hacia él, entre las lilas, con su vestidillo blanco y su sombrero de arroz, llamándolo dengosa: – ¡Platero, Plateriillo!», quería partir la cuerda, y saltaba igual que un niño, y rebuznaba loco... la que en los largos días que «navegó en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte», cuando nadie se acordaba de Platero, «ella, en su delirio, lo llamaba triste: ¡Plateriillo!»

Y también con los niños del enterrador, los que con tanto gusto se comen su pan con manteca colorada.

Y también con la chiquilla de los piñones, «doblada con su espuerta, la niña de la Arena, que pregona larga y sentidamente: ¡A loj tojtaiiitoooj piñoneee...!»

Y también con «los niños del casero, que no tienen Nacimiento, [que] se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y echan en las brasas bellotas y castañas, que revientan, en un tiro. Y se alegran luego, y saltan sobre el fuego que ya la noche va enrojeciendo, y cantan:

*...Camina, María
camina, José...»*

Y al lado de estos niños semianónimos, identificados por su parentela o por su trabajo (y bien saben los dioses que me duele hablar de trabajo tratándose de niños), aquellos otros, muchos, que tienen nombre y, a veces, hasta apellidos:

Rociillo, la que ponía la mano de Juan Ramón, con la suya, en su corazón, sobre el que el pecho joven subía y bajaba como una menuda ola prisionera.

Y Adela, la que apenas sabía correr, gordinflona y chica.

Y las cuatro sobrinas de Juan Ramón, las hijas de su hermana Victoria, la mayor también Victoria, que fue la que agarró el racimo olvidado y lo defendía a su espalda, y con ella Lola, Pepa y Blanca.

Y también el amigo de Juan Ramón, del colegio de don Carlos, que tenía un sello de caucho con su nombre: Francisco Ruiz, Moguer.

Y al lado de estas individualizaciones, incontables veces el colectivo «los niños», a veces «los chiquillos». Y tan pronto como en el capítulo 11, la premonición de la muerte de Platero, y de cómo los niños van a acompañarle tras la muerte, igual que lo acompañaron en la vida:

«Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña, que a ti tanto te gusta. Estarás al lado de la vida alegre y serena. Los niños jugarán y coserán las niñas en sus sillitas bajas a tu lado. Sabrás los versos que la soledad me traiga. Oirás cantar a las muchachas cuando lavan en el naranjal y el ruido de la noria será gozo y frescura de tu paz eterna.

Y, todo el año, los jilgueros, los chamarices y los verdones te pondrán, en la salud perenne de la copa, un breve techo de música entre tu sueño tranquilo y el infinito cielo de azul constante de Moguer».

Y de los niños podemos pasar a los habitantes de Moguer presentados como colectivos, unos colectivos que ya están presentes en el arranque mismo del libro, cuando «los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos» se quedan mirando a Platero y musitan:

«— Tien'asero...»

Y los bodegueros que le decían, riendo, a Juan Ramón que la verja cerrada no tenía llave.

Y los panaderos que «llegan trotando en sus caballos, se paran en cada puerta entornada, tocan las palmas y gritan: «¡El panaderoooo!»»

Y los mendigos, camino de Sanlúcar.

Y las mujeres que se asomaban a las puertas a ver pasar a Platero despacio, «como sabiendo que llevaba encima un frágil lirio

de cristal fino. [Era] la niña [tísica], con su hábito cándido de la Virgen de Montemayor, lazado de grana, transfigurada por la fiebre y la esperanza, [y] parecía un ángel que cruzaba el pueblo, camino del cielo del sur».

Y cuando la procesión del Corpus, las banderas de los gremios denotan la presencia de los mismos:

«La bandera carmín, y San Roque, Patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, Patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda, y San Isidro, Patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes; y más banderas de más colores».

Y por supuesto, cerrando la procesión, la guardia civil.

También están «los trabajadores [que] canturrean por lo bajo, en un soñoliento cansancio».

Y los vendedores que al llegar de la Ribera exaltan sus asedías, sus salmonetes, sus brecas, sus mojarras, sus bocas.

Y las lavanderas y «las viudas que [sentadas en los zaguanes] piensan en los muertos, que duermen tan cerca, detrás de los corrales».

Y en las puertas de las casas, los novios que comen los piñones tostaítos que le compran a la niña de la Arena, «trocando, entre sonrisas de llama, meollos escogidos».

Y «las gentes, ¡las pobres gentes!» que van a misa los domingos.

Y esos guardas de los huertos que suenan el latón para asustar a los rabúos, que vienen por naranjas, en grandes bandos celestes.

Y los vendimiadores y los bodegueros y los lagareros.

Y los labradores que madrugan más que el sol

Y los cazadores que se suben por los vallados para ver más lejos.

Y los carboneros que al amparo de la noche salen a diezmar los pinares.

Y «los marineros, con sus trajes de paño de varios azules, en hazas, como el campo de octubre»

Y los cavadores que sacan huesos, monedas y tinajas del Monturrio, del Mons Urium de los romanos, lo que le vale a Juan Ramón para decir que «Colón no me da demasiado bienestar, Platero. Que si paró en mi casa, que si comulgó en Santa Clara, que

si es de su tiempo esta palmera o la otra hospedería. Está cerca y no va lejos, y ya sabes los dos regalos que nos trajo de América. Los que me gusta sentir bajo mí, como una raíz fuerte, son los romanos, los que hicieron ese hormigón del Castillo que no hay pico ni golpe que arruine».

Y están luego los individualizados anónimos, o sólo por su profesión:

El cochero del coche de las seis cantando por espantar el miedo a la tormenta que se acerca.

Y el diputado, la maestra, el forense, el recaudador, el alcalde o la comadrona, contra quienes disparan sus escopetas los mogueros en los muñecos vicarios del rito popular de matar al Judas.

Y el guarda, que en un arranque de mal corazón saca la escopeta y dispara contra el perro sarnoso.

Y vistos desde la azotea de la casa, «el sillero, el pintor, el tonelero (...) una muchacha en camisa que se peina, descuidada, cantando», y un músico solitario que ensaya el cornetín en un granero, mientras en otro «el amor violento hace, redondo, ciego y cerrado, de las suyas».

Y el amolador, con su pito.

Y el cancerbero de los Consumos, un hombre oscuro que baja a preguntarle a Juan Ramón:

«- ¿Ba argo?»

Y Juan Ramón le contesta:

«- Vea usted... Mariposas blancas...»

Y está también el ciego que le ordeña a su burra la leche para los catarrosos, y del que cuenta Juan Ramón no sin cierta irónica solidaridad malthusiana con la pobre burra vieja:

«Una tarde, yendo yo con Platero por la cañada de las Ánimas, me vi al ciego dando palos a diestro y siniestro tras la pobre burra que corría por los prados, sentada casi en la yerba mojada. Los palos caían en un naranjo, en la noria, en el aire, menos fuertes que los juramentos que, de ser sólidos, habrían derribado el torreón del Castillo... No quería la pobre burra vieja más advientos y se defendía del destino vertiendo en lo infecundo de la tierra como Onán, la dádiva de algún burro desahogado... El ciego, que vive su oscura vida vendiendo a los viejos por un cuarto, o por una promesa, dos dedos del néctar de los burrillos,

quería que la burra retuviese, de pie, el don fecundo, causa de su dulce medicina.

Y ahí está la burra, rascando su miseria en los hierros de la ventana, farmacia miserable, para todo otro invierno, de viejos fumadores, tísicos y borrachos».

Y luego, para cerrar este capítulo, los misteriosos, los no identificables, como ese «alguien» que se esconde, tácito, cuando Platero y Juan Ramón pasan delante de él... o de ella... en el capítulo «Escalofrío», o el hombre solitario que en el capítulo «Nocturno» tuerce la esquina bajo una roja y vacilante farola por la última casa de la calle de la Fuente. «¿Yo? [pregunta retóricamente el poeta, para responder sin solución de continuidad:] No, yo, en la fragante penumbra celeste, móvil y dorada, que hacen la luna, las lilas, la brisa y la sombra, escucho mi hondo corazón sin par».

Queda ya, tan sólo, Ella:

«Platero; acaso ella se iba –¿adónde?– en aquel tren negro y soleado que, por la vía alta, cortándose sobre los nubarrones blancos, huía hacia el norte. ¡Breve cabeza rubia, velada de negro!... Era como el retrato de la ilusión en el marco fugaz de la ventanilla. Tal vez ella pensara:

–¿Quiénes serán ese hombre enlutado y ese burrillo de plata?»

Mientras nosotros nos quedamos preguntándonos: ¿y quién sería Ella?

También aparece en *Platero y yo* bastante gente no moguereña: forasteros, húngaros, gitanos...

«¡Qué bien lleva su pasada belleza, gallarda todavía, como en roble, el pañuelo amarillo

de talle, en invierno, y la falda azul de volantes, lunareada de blanco! Va al Cabildo, a pedir permiso para acampar, como siempre, tras el cementerio. Ya recuerdas los tenduchos astrosos de los gitanos, con sus hogueras, sus mujeres vistosas, y sus burros moribundos, mordisqueando la muerte, en derredor. ¡Los burros, Platero! ¡Ya estarán temblando los burros de la Friseta, sintiendo a los gitanos desde los corrales bajos!»

Un temor a los gitanos que se repite en otro momento, pero haciendo la salvedad de que no es tan sólo a la gente del bronce a la que deben temerle los borricos: